

En un combate con los villistas en Villa Coronado, logramos derrotar a Jesús Rodríguez, agarrándolo vivo, pero herido, muriendo a los pocos días.

En estos días a principios de 1919 llegó el General Mateo Muñoz con quien salimos a combatir a Villa, que estaba en Villa Coronado, hasta Canutillo. Después de varios días de campaña llegamos a Jiménez, yéndose el General Muñoz a Chihuahua, quedando como jefe el General Osuna.

El General Osuna además de ser muy valiente, estaba muy envalentonado porque había combatido al General Almazán en Tamaulipas.

Pero Villa no era Almazán. Con Villa "había que fregarse". El primer día nos dijo que estábamos asustados, que él iba a demostrarle a Villa lo que es ser hombre y los echaría en corrida.

Llegaba solamente su estado mayor.

Ese día salimos rumbo a Canutillo y a muy poca distancia de Jiménez, Chih., nos encontramos al enemigo.

Llevábamos en la vanguardia sólo 100 hombres de los míos, además de su estado mayor. Se entabló un duro combate y aquí vio cómo peleaban los villistas. Entonces me ordenó que rápidamente mandara traer el resto de mi regimiento.

Con anterioridad, viendo lo confiado que había salido el General, sólo con 100 hombres, yo había ordenado a mi tropa que se había quedado que estuvieran listos y acuartelados, con los caballos ensillados, las mulas cargadas con parque, todo listo, como si esperara un ataque sobre Jiménez de sorpresa.

Durante el ataque, mientras llegaba mi regimiento en nuestra ayuda, le recordé las palabras que nos había dicho, que haría correr al enemigo. Casi a la fuerza lo obligué a re-

sistir el ataque. A cada instante gritaba "dónde está el resto del regimiento". Yo confiaba en que no tardaría en llegar, pues como antes dije, había dejado todo listo para una salida rápida.

Ya casi a punto de retroceder se vio la polvareda de mi gente que venía a galope tendido, a toda prisa a ayudarnos, me puse al frente de ellos, sin órdenes del general, y a rienda suelta, en 15 minutos más tarde ya perseguíamos a los villistas que eran más de 500. Al regresar donde estaba el General Osuna con algunos prisioneros que les logramos hacer le dije: "Qué me dijo ahí", no que estábamos asustados, que les teníamos miedo.

Inmediatamente se bajó de su caballo, lo cual hice yo también, felicitándome lo mismo que a mis oficiales y tropa diciéndonos además que de veras miedo no teníamos a los villistas.

Como había dejado al Teniente Coronel Velarde persiguiendo a los villistas, intenté ir a ver por qué no regresaba. Como mi caballo, que le decían El Feo —por cierto que fue uno de los mejores caballos que tuve durante la revolución—, estaba muy cansado por la carrera, el General Osuna ordenó me fuera entregado un caballo de los de su estado mayor.

Me acompañó a encontrar al Teniente Coronel Velarde a quien encontramos caminando pie a tierra, pues los caballos habían corrido mucho persiguiendo a los villistas.

El Coronel Velarde informó que como habían huído en diferentes direcciones difícilmente había podido hacer más que unos cuantos prisioneros.

Regresamos a Jiménez, Chih., en la tarde, después de recoger 6 muertos de mi gente, entre ellos a mi asistente Fidel Cortés. Las bajas del enemigo fueron muchas pues en la pura retirada cayeron muchos, a quienes encontramos con los balazos por la espalda, fueron heridos en la huída.

Desde esa fecha el general nos trataba con más atención y consideración.

Volvimos a salir con otros regimientos, el de Juan Ascarate, que era el 22 regimiento, el de Claudio Fox y otros. Pasamos a Parras, Chih. Ahí tuvimos noticias por la defensa de la sierra, que comandaba Gabino Sandoval, que los villistas estaban en Santa Cruz de Herrera. Marchamos todo el día y la noche, que fueron muy lluviosos y llegamos antes del amanecer. Llegamos sin ser sentidos a las orillas del pueblo. Los atacamos por el frente quedando el río Conchos por detrás al otro lado del pueblo.

Fue tal la sorpresa que muchos se lanzaron al río, que traía mucha agua, encuerados, o sin botas ni carabinas, ni nada, quedando algunos muertos en el pueblo y en el río. A la sorpresa ayudó también que esa noche habían celebrado la boda del jefe villista y había habido mucha parranda. Ahí hicimos prisionero a un Teniente Coronel villista que no recuerdo el nombre y mucha tropa, además de 60 caballos, los cuales fueron puestos a disposición del general en Chihuahua. Esto sucedió a mediados de noviembre de 1919.

Nos regresamos a Parral, Chih. Ahí supimos que el enemigo estaba en la Fábrica de Hilados Talamantes. Fuimos a atacarlos, les hicimos varios prisioneros y muertos, nos regresamos a Jiménez donde teníamos la impedimenta.

A los cuantos días de estar en Jiménez, Chih., se me ordenó me trasladara a San Isidro cerca de Canutillo y las Nieves. Ahí permanecí varios meses como jefe del sector. Para más seguridad en nosotros mandé fortificar la Hacienda, quedando casi inexpugnable. Uno de tantos días supe que una partida de villistas cruzaba por las cercanías rumbo a la sierra, que venía del norte y que el jefe era Hipólito Villa, nada menos que hermano de Francisco Villa. Preparé 100 hombres bien montados y armados y escogidos, salí a combatirlos. Para esto aproveché los informes que nos dio un Coronel apellidado Esparza, antiguo villista, que hacía unos días se había amnistiado conmigo. Nos llevó a un arroyo que él

conocía, pues antes había operado por esos rumbos.

Era un arroyo bastante hondo que tenía una sola entrada y suponía que ahí pemoctarian. Antes de llegar mandé hacer alto y esperar que se hiciera más noche, calculando que estuvieran todos dormidos.

Echando pie a tierra y casi a gatas, llegamos al borde del arroyo y les hicimos una descarga, cayendo el centinela muerto sobre la lumbre. Muchos huyeron en desbandada a pie dejando algunos muertos, toda la caballería con sus monturas. Ahí recogí un caballo que le decían El Chamaco, que era de uno de los jefes villistas, una máquina de escribir y muchos documentos procedentes de Estados Unidos dirigidos al General Villa.

Después de esta campaña hubo muchos cambios. Era en este tiempo jefe de operaciones en Chihuahua el General M. M. Diéguez, el cual se fue para México, quedando como jefe el General Pablo Quiroga.

Ya para entonces el villismo estaba muy acabado y se rumoraba que Villa quería amnistiarse.

En los días de abril y mayo de 1920, estando el cuartel general en Santa Rosalía de Camargo, el General Joaquin Amaro y Eugenio Martínez secundaban un movimiento del Gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, contra don Venustiano Carranza, también casi todas las fuerzas que de Chihuahua, el General Quiroga y Z. Martínez que estaban en Camargo, tuvieron que salir por tierra a Torreón, Coah., con muy poca gente, pues casi todos secundaron el movimiento.

No salieron por tren porque los generales Abundio Gómez y José Amarillo estaban en Jiménez, Chih.

En esos últimos días el jefe fue el General Amaro en la plaza de Chihuahua. Como él en ese entonces con Andrés Figueroa no quería secundar el movimiento, tuvieron que atacarlo en su cuartel.

Al fin el General Amaro lo convenció y aceptó.

Algunos generales no aceptaron el movimiento, como el General Carlos Osuna. Con todos estos acontecimientos el General Amaro organizó una columna con casi todas las fuerzas del estado de Chihuahua, para salir a México por tren.

Eran unos 12 ó 15 trenes militares. Llegamos a Tlalnepantla donde estuvimos dos días hasta que ordenaron entrar a México, donde permanecemos unos días.

Salimos otra vez rumbo al norte a Chihuahua. Al llegar a Torreón, siendo mi tren el de la vanguardia me ordenó el General Amaro que siguiera la marcha hasta Estación Escobar por la vía a Chihuahua, pues allí estaba el General Osuna, que no estaba sometido y que lo atacara. Un poco antes de llegar mandé hacer alto al tren preparando a mi gente para combate, pues a su gente del General Osuna la veíamos en posición de tiradores en línea de fuego.

Tan luego como hice alto mandé al subteniente Luis Carrillo con un oficio para el general. Ya una vez en camino el subteniente ví que el propio general se desprendía de la estación sólo con un papel en la mano. Al fin se encontraron. Esto lo ví con los gemelos de campaña, se despidieron y se regresaron cada quien a unirse con su gente.

Luego me entregaron unos telegramas del General Amaro en que me comunicaba que el General Osuna se había unido al movimiento y que estaba con nosotros.

En el telegrama del General Amaro me ordenaba que siguiera a Jiménez y que tan pronto como llegara devolviera la máquina con un carro para que el General Osuna saliera a México.

Ahí en Jiménez permanecí un tiempo. Nos dimos cuenta que Villa con su gente había cruzado la vía del tren rumbo a las montañas de la Hacienda. En ese trayecto se comunicó con el General Amaro para gestionar su rendición. Pero no

habiendo recibido una contestación satisfactoria se dirigió a Sabinas, Coah., a marchas forzadas para tramitar su amnistía. Una vez en Sabinas, Coah., conferenció con el General Eusebio Martínez, expresamente comisionado por el Presidente de la República Adolfo de la Huerta.

El resultado de esta conferencia fue que Villa disolvió su resto de ejército que tenía mediante una determinada cantidad de dinero a cada uno de sus soldados y a él la concesión de una guardia de 50 hombres y la Hacienda de Canutillo frente a las Nieves.

Antes de esto, y del viaje a México en la columna, el General Joaquín Amaro y Eugenio Martínez enviaron a verme al Coronel Zaragoza de la Garza, hermano de Ofelia, ya mi esposa, con la misión de convencerme a secundar el movimiento contra Carranza. Como ya antes el General Abundio Gómez que era en ese tiempo mi jefe inmediato, nos había casi obligado bajo amenaza de muerte a secundar el movimiento.

Las cosas se pusieron muy mal, todos los jefes principales como Alvaro Obregón, Pablo González, Guadalupe Sánchez, en fin casi todos, menos el General Munguía y algunos otros.

Yo ya antes había solicitado un permiso absoluto para retirarme del ejército, pues no quería ser instrumento de una traición, que con razón o sin ella, era traición.

Cuando al fin me vino aceptada mi solicitud de retiro, en un oficio que aún conservo, girado por la Secretaría de Guerra y Marina.

Estando en Parral, Chih., con mi regimiento que era el 87 de caballería, me dieron orden de entregarlo a otro coronel llamado Tiburcio, no recuerdo el apellido. Esto fue días antes de recibir la confirmación de mi retiro.

Desilusionado de todo y todos me vine a Sabinas Hidal-

go, N. L., mi pueblo natal. Vine a dar ahí cansado pobre y desilusionado pero satisfecho de haber cumplido con mi deber, con honor y por haber defendido y peleado por mis derechos. Muchos sucesos habrían que pasar todavía posteriormente para poder ver terminada esta lucha fratricida que tantas y tantas vidas costó a nuestra Patria. Alto fue el precio pagado pero se había logrado cuando menos iniciado ya los cambios que el país iría a tener con este movimiento revolucionario.

Me radiqué en Sabinas Hidalgo, N. L., en compañía de mi esposa Ofelia al lado de mis padres dedicados a la agricultura.

En este tiempo, era Presidente de la República el General Alvaro Obregón y jefe de su estado mayor el General Manuel Pérez Treviño, que había sido mi jefe cuando comandaba el regimiento de artillería en Monterrey, N. L., en el año de 1914.

Solicitó mi reingreso al Presidente Alvaro Obregón, siendo aceptado pasando a la primera reserva según oficio que aún conservo. Permanecí en ella hasta que el General Calles dio una orden de licenciamiento a toda la primera reserva para economía de la Nación.

Desde ese tiempo he vivido totalmente retirado de los gobiernos subsecuentes, habiendo experimentado una realidad amarga respecto al olvido que los gobiernos "revolucionarios" subsecuentes han tenido para con los veteranos, no obstante que cada nuevo Gobernador ofrece hacerles justicia a estos viejos soldados, pero desgraciadamente no se cumplen.

Muy frecuentemente se dan casos de vejaciones a veteranos por militares de nuevo cuño, y de viejos militares de origen "Porfirista" o de algunos nuevos militares que se acomodaron en los puestos públicos, quienes ni siquiera conocen el olor de la pólvora; de otros que a la hora de la verdad, a la hora de los "cocolazos" huyeron o se refugiaron en el

extranjero para luego volver cuando ya todo había pasado; de otros que sólo les tocó unos cuantos hechos de armas por casualidad y sin haber participado activamente, sólo por haber sido contemporáneos de la revolución.

Es triste ver cómo con aire de suficiencia, con desprecios, con despotismo y muchas veces, tolerantes algunos, pero con cierto fastidio atienden cualquier solicitud de algún veterano y que por mera necesidad recurre a los hombres en el poder solicitando no la ayuda pecuniaria, sino algo a que tenga derecho como ciudadano común.

*Sin embargo los veteranos no queremos nada para nosotros, no queremos pago ni premios, sólo sentimos la satisfacción y orgullo de haber luchado por los máspreciados derechos a que tiene el hombre. Sólo queremos que se cumplan los principios revolucionarios, para que sean nuestros hijos o nuestros nietos los que reciban los beneficios de la revolución y podemos decir aún que si fuera necesario, aún sin fuerzas físicas por el paso de los años, volveríamos a tomar las armas para defender estos principios revolucionarios tan caramamente conquistados.*

*Dejo a mi Patria una familia de 8 hijos que con miles de afanes logré formar y rogando a Dios que vivan siempre en un mundo de paz y que no conozcan los horrores de la guerra que por ellos luchó su padre. Estos tristes recuerdos que quedan escritos están estrictamente ligados a mi esposa, quien compartió miles de vicisitudes conmigo, y por los miles de tristes recuerdos sufridos también por su familia, pues alto fue el precio que ellos pagaron, el de 5 hermanos que murieron en campaña.*

*Ojalá que la paz, tan cara, por la vida de tantos hermanos mexicanos muertos, que el México postrevolucionario goza actualmente, no sea nunca turbada.*